

El Pecado Innato



Publicado por la

IGLESIA EVANGELICA DEL NAZARENO
DONATO ALVAREZ 880 BUENOS AIRES

1 9 4 0

Imp. Metod., Fragata Sarmiento 1685, Buenos Aires

EL PECADO INNATO

INDICE

CAPITULO I

¿Qué es el Pecado Innato?

- Negativamente: 1—No es un acto.
2—No son los apetitos del cuerpo.
3—No consiste en pensar en la maldad.
- Positivamente, es...

CAPITULO II

El Pecado Innato no queda destruido en la Conversión.

I—¿Qué hace Dios por el alma en la conversión?

- 1—El hombre llega a ser una nueva criatura. (Regeneración).
- 2—El hombre queda perdonado de todas sus transgresiones pasadas. (Justificación).
- 3—El hombre es adoptado en la familia de Dios. (Adopción).
- 4—El hombre recibe el poder de no cometer el pecado voluntario.
- 5—El hombre queda con un aborrecimiento hacia el pecado innato y un deseo de tener un corazón limpio.

II—Lo que Dios no hace por el alma en la conversión.

- En la conversión la mente carnal — el pecado innato — no es destruido.
- 1—Esto se prueba por las Escrituras.

CAPITULO III

El Pecado Innato no queda destruido en la Conversión. (Conclusión).

- 2—Esto se prueba por la experiencia universal.
- 3—Sería contrario a la razón si el pecado innato fuera quitado en la conversión, porque:

- A—Contradice el testimonio universal de la cristiandad.
- B—Nunca fué perdonado ni puede ser perdonado.
- C—Un pecador arrepentido desea el perdón del pecado actual tanto que raramente, o nunca, piensa en el pecado innato,
- D—Los que mantienen esta herejía nunca testifican satisfactoriamente el hecho.
- E—Nadie instruye jamás al pecador arrepentido para que pida a Dios que el pecado innato sea quitado de él en su conversión.
- F—Los que afirman que no existe el pecado innato en los convertidos no pueden ser constantes en su afirmación.

CAPITULO IV

El Pecado Innato tiene que ser quitado antes de que podamos entrar en el Cielo.

- 1—Se ve esto en la misma naturaleza del asunto.
- 2—Las enseñanzas de la Biblia nos lo demuestran así.

CAPITULO V

El Pecado Innato destruido: ¿Cuándo? ¿Dónde?

- 1—No en ningún purgatorio futuro.
- 2—No queda destruido por la muerte.
- 3—*Ningún poder humano puede quitar el pecado innato del corazón.*
- 4—Un poder omnipotente es el único remedio que puede destruir el pecado innato.
- 5—Dios destruye el pecado innato instantáneamente.
- 6—El crecimiento en la gracia nunca puede destruir el pecado innato.

CAPITULO VI

La Destrucción Actual del Pecado Innato es una gran ventaja para el Cristiano.

- 1—Dios desea un pueblo santo en la tierra.
- 2—La experiencia de la santidad hace más fácil la vida cristiana.
- 3—La destrucción del pecado innato es una gran ayuda al crecimiento en la gracia.
- 4—La destrucción del pecado innato es prueba del poder de Dios para salvar a un alma del infierno.

CONCLUSION

Cómo obtener esta experiencia de la Santidad.

Dos Palabras de la Traductora

Hace dos o tres años que mi esposo encontró este libro en una librería de segunda mano. Después de leerlo y ver cuán claras y explícitas eran las enseñanzas que incluía sobre el pecado innato, tuvimos el deseo de traducirlo al Castellano para que más y más personas pudieran tener el privilegio de leerlo y estudiarlo. Esta tarea ha sido para nosotros más fácil con la ayuda de nuestro profesor de Castellano, el señor Jacinto Terán. El bondadosamente corrigió la traducción y, de esta manera, ha sido posible la preparación para imprimir el libro. Dios bendiga a los lectores de esta obrita y que las verdades de su Palabra presentadas aquí sean de mucha bendición espiritual para ellos. Nuestra oración es que algunos, mediante este estudio, puedan ver su privilegio de ser libertados del pecado innato y recibir el bautismo del Espíritu Santo!

Marie G. de Cochran.

Prefacio

No he podido encontrar una obra corta y concisa escrita sobre "El Pecado Innato". Por lo general se menciona este asunto en unión con otros temas semejantes. Me parece que se necesita tal obra, por dos o tres razones:

1—Muchos cristianos no tienen ninguna idea de lo que quiere decir el pecado innato, la depravación, etc.

2—Hay un gran anhelo en los corazones de los convertidos por tener la experiencia de la santidad, el cual anhelo nunca ha sido tan intenso como ahora.

3—Creemos que este clamor es ocasionado por la lucha interior que se encuentra en el corazón del convertido. Creemos que una comprensión escritural de la naturaleza del pecado innato y el remedio de él, sería de gran bendición a muchos otros como ya lo ha sido a tantos que han entrado en "la libertad gloriosa de los hijos de Dios".

Aun en el caso de que este libro no fuera de ayuda para demostrar a las almas hambrientas su privilegio de arrojar el yugo del pecado innato, esperamos, a

le menos, que sugerirá la idea de escribir otro libro mejor a quien pueda hacerlo de una manera más afortunada que nosotros.

Las verdades contenidas en este libro han sido ya de provecho a algunos. ¡Que sean de mucha ayuda a todos los que anhelan conocer sus privilegios en Cristo Jesús!

EL AUTOR.

CAPÍTULO I

¿QUE ES EL PECADO INNATO?

El término “pecado innato” no es bíblico, sin embargo, contiene una explicación concisa y comentaria de los términos bíblicos: “La naturaleza carnal”, “Nuestro hombre viejo”, “la carne”, “las concupiscencias de la carne”, etc. El término “pecado innato” expresa el mismo sentido que los términos teológicos: “la depravación total” y “el pecado original”. Creemos que el pecado innato es la causa principal del retroceso que encontramos en nuestras iglesias y la razón poderosa del crecimiento tardío de tantas personas que han estado en el verdadero camino bastante tiempo para llegar a ser gigantes en Israel; pero que todavía, después de muchos años, se encuentran niños, espiritualmente hablando. Por tanto, nos parece conveniente presentar, en forma concisa, un tratado sobre esta enfermedad del alma y el remedio para ella; especialmente cuando encontramos entre los cristianos, dentro de la iglesia de Dios, una ignorancia sorprendente en cuanto a este asunto.

Se puede definir el pecado innato negativamente así:

1.—El pecado innato no es un acto.

Se comete el pecado como un acto de tres maneras: pensando, hablando y obrando. En otras palabras, el pecado como un acto se encuentra en el pensamiento, la palabra y la obra. Ninguna persona puede cometer el pecado actual como no sea en una de estas tres formas. Se puede decir lo mismo en cuanto a los pecados de omisión. Por tanto, todo pecado actual se comete con la omisión o con la comisión, en pensamiento, palabra y obra. Pero el pecado de pensamiento, de palabra y de obra no es el pecado innato. El pecado actual es el resultado del pecado innato. El pecado actual tiene la misma relación con el pecado innato que la planta con su raíz; así como las erupciones de la lepra (un tipo bíblico del pecado) proceden de la enfermedad interna, así, también el pecado innato es una condición del corazón que produce las manifestaciones externas del pecado. En Santiago (cap. 1:15) encontramos estas palabras: "y la concupiscencia, después que ha concebido, pare el pecado". Nuestro Salvador nos dice más claramente de la fuente del pecado actual en Marcos 7:21-23: "Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, las desvergüenzas, el ojo maligno, las injurias, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades, de dentro salen, y contaminan al hombre". Como el desierto produce fieras; así el corazón corrompido pro-

duce tales manifestaciones. El estado del corazón que revela estas cosas es el pecado innato.

2.—Los apetitos del cuerpo no son el pecado innato.

Nuestros apetitos físicos son el hambre, la sed y la concupiscencia. Algunos se han equivocado en este punto afirmando que Adán no fué creado santo y puro porque tenía los apetitos físicos. Por tanto, han considerado el cuerpo humano como pecaminoso y han tratado de desarraigar los apetitos por el castigo del cuerpo mediante la abnegación, los ayunos, las flagelaciones, la tortura, la prohibición de casarse y la reclusión en el claustro o monasterio. Pero el pecado está en el alma, no en el cuerpo. Los apetitos son parte innata de nuestra naturaleza. No es el uso de ellos sino el abuso lo que constituye el pecado. Dios creó al hombre a Su imagen en "Justicia y santidad verdaderas". Le dió un cuerpo con apetitos para que los sujetase y emplease solamente para el uso legítimo.

Se puede glorificar a Dios tomando alimento para sostener el cuerpo, pero el exceso de comida constituye el pecado de glotonería; igual podríamos decir de los demás apetitos. Porque nos dice la Palabra de Dios: "Si pues coméis, o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo a gloria de Dios". Enoc y Abel y otros agradaron a Dios mientras que estaban en el cuerpo. Pero la Escritura nos dice: "Los que están en la carne no pueden agradar a Dios". Por eso, "la carne", en este lugar, no significa el cuerpo. Por tanto el pecado innato o "la carne" no significa igual que el hombre físico.

3.—El pecado innato no consiste en pensar en la maldad.

Muchísimas personas buenas se confunden grandemente y se encuentran impedidas en este punto. Desean agradar a Dios, pero pensamientos de maldad vienen a sus mentes y piensan que hacen pecado; por ello están atormentadas. Estos pensamientos de maldad manan de dos fuentes: bien de las leyes de asociación mental, bien de la sugestión diabólica. Por ejemplo: una persona piadosa se arrodilla delante de Dios con espíritu sincero. Después de pocos momentos de oración, se da cuenta de que su mente se desvía a otros asuntos, puramente por las leyes de asociación; empieza una sucesión de pensamientos y ella se reprocha por haberse extraviado en ellos, a pesar de que había tenido un propósito puro. Su mente ha ido más allá de su voluntad, es decir, no ha pecado por ello. Otras veces, el diablo, enemigo de todo lo bueno, pone en la mente sugestiones de duda, o bien pinta el crimen y la maldad de manera que no podemos menos de pensar en ellos. En esto vemos la diferencia grande entre un alma purificada y otra en la cual está el pecado innato. Un corazón puro sentirá espontánea e inmediatamente un aborrecimiento hacia esas sugestiones. Tales sugestiones serán tan repugnantes como la presencia de una víbora. Un hombre villano, sin conciencia y peligroso, viene a la casa de usted y toca el timbre. Usted abre la puerta, le reconoce y escucha lo que él le dice. Pero si usted le recibe y le invita a entrar y se alegra de tener a tal hombre en

su casa, entonces usted, en cierto sentido, participa con él de la maldad. Usted no comprometió su conciencia cuando él llamó a la puerta, pero lo hizo cuando le recibió de tan buena gana. Así, cuando viene un pensamiento de maldad a su corazón, ésto no compromete su alma; mas, si usted se alegra y lo recibe con agrado, entonces revela que usted es semejante a esa maldad propuesta.

El viejo refrán es tan verídico que lo citamos aquí: "No podemos impedir que las aves inmundas vuelen sobre nuestras cabezas, pero no tenemos que permitirles hacer un nido en nuestro cabello". **Los pensamientos de maldad no son malos pensamientos.** Se hacen malos solamente cuando nos agradan. La tentadora surgió a José pensamientos de maldad. El no podía menos de pensar en el crimen, pero él no tenía ningún deseo de hacerlo. Le fué repugnante. Por tanto, no fueron malos pensamientos. Uno más grande que José, cuando fué tentado por el diablo en el desierto para convertir las piedras en panes y para echarse abajo del pináculo del Templo y adorar a Satanás, no podía abstenerse de pensar en estos pecados; pero El no aceptó estas sugerencias un solo momento, mas dijo: "Apártate de mi vista, Satanás". No había ningún pecado innato para aceptar tales sugerencias con agrado. Si encontramos en nosotros algo que hace al pecado atractivo, bien podemos exclamar con temor: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio".

El pecado innato es aquel estado depravado del corazón que resultó de la pérdida de la justicia original.

Algunos, con perplejidad, han preguntado: "¿Infundió Dios propensiones malas en el alma?" Ciertamente que no. La "mente carnal" es el resultado en el hombre del mal uso de su libertad y perdiendo por tanto en él la imagen de Dios. El día en que Adán pecó perdió la "justicia original y santidad verdaderas" en las cuales fué creado. Su corazón, abandonado a sus propios designios y sin el freno de la voluntad Divina (como un agente voluntario), naturalmente manifestó una hostilidad positiva a la voluntad de Dios. Como cuando la vida se aparta del cuerpo, empieza la corrupción positiva, así con la retirada de Dios, empezó en el alma de Adán esa corrupción que se llama "el pecado innato", por ser natural. Este es el pecado innato: Un estado corrupto del corazón que se opone a Dios y a la santidad. En el inconverso este estado del corazón no solamente es contrario a la voluntad de Dios sino también permanente en él, a menos que Dios lo conmueva por Su Espíritu Santo.

Esta naturaleza perversa fué transmitida por Adán a sus hijos. Encontramos en Génesis 5:3: "Engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen". Esta es la declaración de la gran ley de la depravación hereditaria. Su primogénito Caín confirma esta triste verdad del pecado original al matar a su hermano. Este es el estado en que todos nosotros nos encontramos; una tendencia del corazón en contra de

la voluntad Divina: tal es el pecado original del cual brotan todas nuestras transgresiones.

Para hacer el asunto más práctico podemos preguntar: “¿Cómo podríamos descubrir el pecado innato en nosotros?”

1—Es esa condición del corazón que siente aversión a hacer la voluntad de Dios.

2—Es esa condición del corazón que se opone a hacer la voluntad de Dios.

3—Es esa condición del corazón por la cual parece fácil hacer lo injusto y difícil hacer lo bueno. Una niña se extrañó mucho al sentir las manifestaciones del pecado en su alma y preguntó a su mamá: “¿Mamá, por qué las cosas malas son siempre tan lindas?”

El pecado innato se manifiesta en el niño de poca edad antes de que haya tenido tiempo para aprender la maldad por el ejemplo de otros. Muchas veces se habla de “la inocencia del nene” y se puede entender tal expresión de la transgresión actual. Pero antes de que el nene entienda la diferencia entre lo bueno y lo malo se manifiestan en él el mal genio y las pasiones, las cuales cosas son indicio del pecado innato. Hay casos registrados de niños, de pocos años de edad, los cuales se enojaron tanto que murieron en un paroxismo de pasión. Un misionero dijo que todos los hindúes y los mahometanos admiten la depravación de la raza humana. Entre otros ejemplos ilustrativos él relata éste de uno de los hombres principales de Lucknow: “Se puede entender fácilmente la perversidad del hombre al recordar que al vender una buena cosa —

la leche, por ejemplo — tenemos que llevarla a las puertas de los hombres, pero cuando queremos darles lo que es malo — licor, por ejemplo — solamente tenemos que abrir un despacho de bebidas y ellos vienen para comprarla. Quiere decir, que estamos dispuestos a hacer sacrificios para destruirnos a nosotros mismos, pero no queremos hacer nada para salvarnos”. Nos encontramos en pugna para con nuestras propias convicciones del deber y de la justicia. La mayoría de las personas encuentran esta depravación en lo que ellas llaman su disposición natural. Un hombre tiene genio violento que no puede dominar, a pesar de sus esfuerzos, pues explota como un fogonazo. Otro, es por naturaleza intratable y vengativo. Otro, está hinchado de orgullo, aunque en parte lo reprime por no desprestigiarse. En otro, es natural la avaricia, desde el principio de su vida, siempre ha estado buscando sus propios intereses. El pecado innato es, lo que se llama en Hebreos, capítulo 12:1: “El pecado que estrechamente nos cerca”. Doctor Watts y Carlos Wesley llaman al pecado innato “las semillas del pecado” porque nacen de él todas las transgresiones actuales. Carlos Wesley lo llama “la lepra innata”, comparándola a una enfermedad arraigada profundamente en el alma.

El apóstol Pablo dice que es una ley de nuestro ser. Una ley no es más que el poder o modo de obrar. El dice en Romanos 7:21: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: Que el mal está en mí”. Y este es el sentir universal de la raza humana; una dis-

posición original, hondamente arraigada en el alma, que lucha contra nuestro sentido moral. Esto es como un eco de Satanás: el alma está tan en armonía con él, que lo reclama como suyo y lo utiliza como una posición ventajosa para vencer al hombre. Jesús dijo: "Satanás viene y no tiene nada en Mí". El pecado innato no tenía lugar en Cristo. Tal pecado es la razón por la cual tantas personas son vencidas facilísimamente por las tentaciones; es el origen de todas las tristezas y de todos los pecados del mundo; es, también, el manantial de toda la oposición del mundo a la santidad; ello indujo a los hombres a crucificar al Hijo de Dios. El Apóstol, con verdad, dice: "El ánimo carnal es enemistad contra Dios; pues no está sujeto a la ley de Dios, ni a la verdad, lo puede estar". (Rom. 8:7). El pecado innato será el motivo principal del sufrimiento en el infierno y, aún más, es el infierno ya empezado en esta vida, reprimido muchas veces solamente por las circunstancias o por la intervención de la Providencia.



CAPÍTULO II

EL PECADO INNATO NO QUEDA DESTRUIDO EN LA CONVERSION

La conversión del alma es el acontecimiento más importante de la vida. Es la experiencia más grande en la vida espiritual del creyente. No decimos que es la experiencia más grande en profundidad, sino en el sentido de que ella, poniendo el fundamento del edificio espiritual, prepara el camino para la perfección del mismo. La conversión es el paso más grande porque prepara el camino para todos los demás. No se puede dar el segundo paso hasta que se haya dado el primero. La conversión es el gran acontecimiento de experiencia cristiana porque, por ésta, se hacen posibles las experiencias más profundas de la gracia; por ella, entramos como candidatos a la segunda experiencia de gracia y nos encontramos en condiciones más favorables para creer en la misma. Nuestras relaciones con Dios y con el pecado se cambian completamente. Estas nuevas relaciones se expresan con los términos: justificación, regeneración, adopción, etc. Estas distintas relaciones, aunque no son lo mismo en el significado, acontecen al mismo tiempo.

Existe, hoy día, mucha ignorancia en las iglesias cristianas en cuanto a lo que Dios hace en la conver-

sión. Por tanto, deseamos indicar lo que se hace y lo que no se hace en la conversión.

I.—¿Qué hace Dios por el alma en la conversión?

1.—El hombre en la conversión llega a ser una nueva criatura.

¿Qué quiso decir el Espíritu Santo con las palabras: el nuevo nacimiento? Creemos que quiso dar la idea de que el alma en el nuevo nacimiento queda tan cambiada que llega a tener nuevas facultades que antes no tenía. Antes, no tenía ninguna percepción ni sentimiento espiritual; estaba muerta a las cosas de Dios. Ahora, percibe, siente y desea hacer toda la voluntad de Dios. Esto es tan distinto de la condición anterior que equivale a una nueva creación, y por tanto, se llama "el nuevo nacimiento". Ahora, el alma ve la hermosura de la Palabra de Dios. "Los ojos del entendimiento están abiertos". Antes, veía las verdades del Evangelio intelectualmente; ahora las ve espiritualmente. También, tiene nuevas afectaciones de modo que ama las cosas que antes aborrecía y aborrece las que antes amaba. Tiene nuevas ambiciones. Antes, deseaba vivir para sí mismo; ahora, desea vivir para Dios. Ahora, tiene anhelo de ver a Cristo tal como nunca tenía antes. Ahora hay un amor hacia Dios mientras que antes no lo había. Sus nuevas facultades prueban que ha cambiado radicalmente.

2.—El hombre en su conversión queda exonerado o perdonado de todas sus transgresiones pasadas.

Todos los pecados que ha cometido quedan perdonados. En el lenguaje de los tribunales, él es justi-

ficado. El pecado como un acto — una transgresión actual — es perdonado porque, habiendo confesado el hombre sus pecados, acepta a Cristo como su Salvador, por la fe. En el lenguaje de las Escrituras, sus pecados son “borrados”, no acordándose más de su pecado. El está tan libre de las exigencias de la ley como si nunca hubiera pecado.

3.—El hombre en su conversión es adoptado en la familia de Dios.

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1). Es un heredero de Dios y coheredero de Cristo”. Recibe el testimonio del Espíritu en su adopción. “Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios”. Rom. 8:16. Como un heredero de Dios tiene un título al cielo, si sigue fiel a Cristo.

4.—Este cambio en el hombre convertido también le da el poder de no cometer el pecado voluntario.

Tan bajo ha descendido el nivel espiritual hoy día que se cree en muchas iglesias que un cristiano puede cometer el pecado con tal que él pida perdón después; se cree que Dios está tan dispuesto a perdonarnos que podemos obedecerle o no, siempre que tengamos tiempos especiales para pedirle el perdón. El Apóstol Pablo, hablando a los que pensaban la misma cosa en su día — los que piensan que una oración a la noche puede traer el perdón por todos los pecados voluntarios del día, aunque no tienen el propósito de dejar tales pecados el día siguiente — dice: “¿Perseveraremos en pecado para que la gracia crezca? En ninguna manera. Porque los que somos muer-

tos al pecado ¿cómo viviremos aun en él?" Rom. 6:1-2. San Juan declara que "Cualquiera que es nacido de Dios, no hace pecado". 1 Juan 3:9. Tal persona no infringirá intencionalmente aun uno de los mandamientos de su Padre. Porque el término "pecado" en el Nuevo Testamento, como un acto, siempre significa "La transgresión voluntaria". El doctor Lyman Abbot, hablando del verbo griego "hamatano", dice: "Esto significa, en el Nuevo Testamento "una maldad moral"; nunca un error del juicio". Dios no nos hace responsables o culpables por los pecados de ignorancia. Pablo dice: "Donde no hay ley, tampoco hay transgresión". Rom. 4:15; y "No se impute pecado no habiendo ley". Rom. 5:13. Así que, un cristiano es aquel que no quebranta, a sabiendas los mandamientos de Dios. Por la vida divina que queda en él, es guardado de todos los pensamientos, palabras y hechos culpables, de los cuales el pecado innato es la raíz. Muchos piensan que esta es una experiencia inalcanzable y una doctrina ridícula, rayana al fanatismo. Pero, no obstante, es la enseñanza de la Biblia. Jesús dijo al hombre paralítico: "No peques más, porque no te venga alguna cosa peor". Juan 5:14. El apóstol Juan, escribiendo a la iglesia, dice: "Hijos míos, estas cosas os escribo, para que no pequéis". 1 Juan 2:1; "Cualquiera que permanece en El, no peca". 1 Juan 3:6. Juan Wesley, en su mensaje "Las primicias del Espíritu", dice: "Ellos (los convertidos) no son condenados por transgresiones actuales porque no las cometen; no andan conforme a la carne mas conforme al Espíritu. Esta es la prueba continua de

su amor de Dios, que guardan sus mandamientos". Cuando un cristiano siente en su corazón levantarse el enojo, el orgullo, la envidia, o la malicia, su fe en Dios es tal que tiene el poder de reprimir la palabra, el pensamiento o el acto del pecado. Si su fe no falta, puede tener victoria constante y guardarse de manifestar estos sentimientos malos. Puede ser que algunos digan que esta experiencia no es la experiencia común de la mayoría de los convertidos. Respondemos que debe ser así: está incluida en las posibilidades de gracia, y acontece así en las vidas de algunos convertidos. Sería una experiencia más general si las personas tuvieran las instrucciones correctas. La mayor parte de los creyentes (según su mismo testimonio) se encuentran en experiencias opuestas de retroceso espiritual y arrepentimiento, las cuales no son favorables al crecimiento en gracia. No tiene que ser así; nuestro Dios no quiere que sea así; ha hecho una provisión amplia en la propiciación para incluir todas nuestras necesidades.

5.—La conversión engendra en el hombre un aborrecimiento hacia el pecado innato y un deseo de tener un corazón limpio.

No puede ser de otra manera. Cada hijo obediente de Dios ama lo que su Padre en el cielo ama y aborrece lo que su Padre en el cielo aborrece. Dios ama la pureza y aborrece la impureza; y cuando un cristiano ve en sí mismo el pecado, lo aborrece porque es contrario a la naturaleza de Dios a quien él ama. Es imposible amar a Dios y, al mismo tiempo, amar lo que es hostil a Dios; y el pecado es contrario a la

naturaleza Divina. La conversión es como pan a un hombre hambriento: excita toda su naturaleza para saciarse con lo que ha empezado a comer. La conversión que no engendra una sed grande para alcanzar la pureza del corazón y librarse de todas las tendencias internas de pecado es una conversión ficticia: Bien podemos dudar de nuestra conversión si no deseamos que toda la Mente de Cristo esté en nosotros. Un escritor dice que **"somos culpables de todos los pecados que no aborrecemos"**. Cada cristiano tiene la esperanza de ver a Jesús y de ser semejante a El. El Apóstol dice: "Y cualquiera que tiene esta esperanza en El, se purifica, como El también es limpio". 1 Juan 3:3. Una de las pruebas mejores de que estamos convertidos, y no hemos retrocedido, es el sincero deseo de poseer un corazón limpio. Esto es lo que los verdaderos cristianos a través de los siglos han sentido y pedido mediante himnos y oraciones. No queremos decir que ellos comprendían siempre el anhelo que tenían. Muchas veces se siente tal anhelo en el corazón de obtener la pureza que no se puede expresar con palabras. ¡Qué gran responsabilidad tienen los predicadores y maestros si no guían al rebaño en esta experiencia de gracia!

Hasta aquí hemos tratado de explicar lo que la conversión hace para la persona. Ahora, queremos demostrar lo que la conversión no hace en el alma. **II.—En la conversión, la mente carnal —el pecado innato— no es destruido.**

Este pecado innato es la causa principal del retroceso; aumenta el poder de las tentaciones del dia-

blo; es la raíz de las contiendas que muchas veces existen entre los cristianos y es lo que induce a los seguidores de Cristo a meterse en las cosas malas del mundo para satisfacer los deseos carnales. Es esta "corrupción innata" la que hace difícil para muchos el vivir una vida cristiana; la que llama cruces pesadas a los deberes simples, los cuales la razón consideraría privilegios. Hay solamente una clase de personas que niegan la existencia de la depravación en el corazón del creyente, pero ellas no son consecuentes al negarla. La niegan solamente cuando se presenta un remedio para esa corrupción. Son como un hombre enfermo, a quien se recomienda un remedio el cual no quiere tomar; está dispuesto a negar que está enfermo para evitar el remedio. Algunos tratan de pensar que no están enfermos, aunque lo están, para evitar el gasto de un médico. Pero cuesta mucho estar enfermos, cuando podríamos estar sanos. Así mismo, algunos niegan que tienen el pecado innato, lo cual es una negación contraria a las Escrituras, al juicio y a la experiencia, como trataremos de demostrar.

1.—Las Escrituras enseñan que la carnalidad, o el pecado innato, queda en la persona convertida.

Podríamos dar muchos ejemplos en el Antiguo Testamento. No obstante, mencionamos solamente uno, respecto al cual, me parece, ninguna persona tendrá duda. El pecado innato, en el corazón de Jacob, se manifestó en la avaricia. Pero Jacob llegó a ser un seguidor de Dios. En Bethel, él prometió ser fiel a Dios y Dios le prometió que estaría bajo su cuidado y protección especial. "E hizo Jacob voto, di-

ciendo: Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y si tornare en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios". (Gén. 28:20-21), una decisión y propósito tan determinado como cualquier pecador jamás hizo a Dios. Y, como Dios le había prometido en Bethel ser su Dios si cumpliera este pacto, tenemos que concluir que él, en aquel momento se convirtió. No obstante, encontramos muchas veces después de aquella fecha que en sus transacciones con su tío Laban, la avaricia se manifestó en su corazón, como pecado de tropiezo.

En el Nuevo Testamento, Pablo dice a la iglesia en Corinto: "De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aun no podíais, ni aun podéis ahora". (1 Cor. 3:1-2). Aquí, él reconoce que estaban "en Cristo" y eran sus hermanos, pero que fueron "carnales", "niños en Cristo"; es decir, que la mente carnal todavía existía en estos hermanos. Ni tampoco podían ellos decirle a Pablo: "Somos puros en el corazón; nos hicimos así al convertirnos", porque él les dice en el versículo siguiente en qué forma el pecado innato se manifestó: "Porque todavía sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos y contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?" Esta Escritura enseña claramente que podemos ser cristianos y, todavía, ser carnales. Estos no habían retrocedido, porque eran "niños en Cristo". Ni, tampoco, había sido destruido el pecado innato en estos

“niños en Cristo”. El Apóstol describe, en el capítulo siete de Romanos, la lucha de un hombre que tiene el pecado innato. Algunos han entendido que se refiere a un cristiano en este capítulo; otros dicen que se refiere solamente a los inconversos. Aunque, en ciertas maneras, ejemplifica el caso de cada uno — cristiano y pecador — en quienes se encuentra la mente carnal, mas especialmente, me parece, se refiere a la experiencia de un cristiano quien ha entendido la gran espiritualidad de la ley de Dios. Solamente un cristiano con gran aborrecimiento del pecado, divinamente infundido en su corazón, puede dar voces con grito tan doloroso como el siguiente: “¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de esta muerte?” Rom. 7:24. La confesión de tal hombre es escritural y propia de quien disfruta del favor de Dios. Escucha lo que él dice en el versículo 22: “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios”. El hombre que se deleite en la ley de Dios “según el hombre interior” es un cristiano — un siervo de Dios. Así dice David en el Salmo primero: “En la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche”. David llama a tal hombre “bienaventurado”; y más adelante dice: “No así los malos”. Por tanto, el cristiano puede deleitarse en la ley del Señor, según el hombre interior, y, a la vez, tener la experiencia de la cual el Apóstol habla en el versículo siguiente (Rom. 7:23): “Mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu”. En la Epístola a los Gálatas, Pablo nos habla de esta misma ley del pecado innato en los cristianos de Ga-

lacia, quienes habían empezado en el Espíritu” y esperaban ser “hechos perfectos por la carne”. El dice: “Digo, pues: Andad en el Espíritu y no satisfagáis la concupiscencia de la carne: y estas cosas se oponen la una a la otra, para que no hagáis lo que quisieréis”. Aquí, tenemos un conflicto en los corazones de estos Gálatas entre el Espíritu y la carne. El señor Wesley, hablando de este versículo, dice: “Pero el Espíritu Santo, por su parte, se opone a nuestra naturaleza perversa”; otra vez, en su sermón, “El Pecado en los Convertidos”, dice de este pasaje: “Nada puede ser más explícito. El Apóstol aquí directamente afirma que la carne — la naturaleza perversa — se opone al Espíritu, aun en los convertidos; porque en los convertidos hay dos principios, opuestos el uno al otro”. El pecado innato había entrado en esta iglesia (de los gálatas) de la misma manera que en Corinto. La Biblia abunda en la enseñanza de que el pecado innato existe en el corazón de los convertidos. Encontramos que los cristianos en la iglesia Tesalonicense estaban “en Dios Padre y en el Señor Jesucristo”. 1 Tes. 1:1; no obstante, faltaban en su fe. 1 Tes. 3:10. El pecado innato se escondía en un estado de fe imperfecta en el corazón de aquellos cristianos.

CAPÍTULO III

EL PECADO INNATO NO QUEDA DESTRUIDO EN LA CONVERSION

(Conclusión)

Hemos demostrado que en la conversión el pecador es justificado, regenerado, adoptado, tiene el testimonio del Espíritu, recibe un poder que le guarda de no cometer pecado voluntario, siente un aborrecimiento hacia todo pecado dentro y fuera de sí, y tiene un gozo y una paz como nunca antes ha sentido. También, hemos demostrado que, según las enseñanzas de las Escrituras, queda todavía en el corazón la depravación. Deseamos ver si la experiencia confirma tal enseñanza.

2.—La experiencia universal enseña esta verdad.

El cristiano, en el principio de su vida espiritual, tiene el corazón rebosante de alegría, "fuerte en el Señor y en la potencia de su fortaleza", dispuesto a hacer cualquiera cosa para el Señor. El Señor le bendice tan maravillosamente que nunca piensa en pecar más, o tener ningún deseo de pecar. Aborrece el pecado. Pero, de repente, una tentación le sobreviene y él se enoja, se pone furioso. Ahora, ¿qué va a hacer? Algunos se desaniman en este caso, dudan de su conversión, y empiezan a pensar que, después de todo,

no hay nada en la religión, y renuncian a ella. Esta es la razón porque hay tantos que han retrocedido. Hay una gran necesidad de instrucción sobre la naturaleza del pecado innato para conservar los frutos de nuestra obra evangelística. Por todas partes sentimos a hombres serios y pensadores deplorar la dificultad que encuentran para guardar a los recién convertidos en una experiencia de la justificación. Hemos usado arriba la ilustración del "enojo" para señalar una manifestación del pecado innato; pero hay otros deseos de la carne que se manifiestan. El "enojo" es uno de los más comunes. Pero hay muchos cristianos que no se desaniman en la vida cristiana aun en este caso; saben que Dios les ha perdonado; que están haciendo todo lo posible para obedecer a Cristo; y cuando pecan enojándose, o de otra manera, piden a Dios el perdón y empiezan otra vez, resueltos a ser más cuidadosos con la ayuda del Señor. Cuando otra vez se encuentran tentados a hablar palabras ásperas, claman a Jesús: "Señor, ayúdame", y obtienen la victoria. El mal genio estaba allí, pero Dios le dió la gracia para vencer la tentación y no pecar. Aunque el cristiano siga fiel desde este momento en adelante y nunca más se rinda a la tentación de enojo u otra manera de pecar, sin embargo, todavía queda la carnalidad en él, y su corazón no es del todo limpio. ¡Cuán contradictorio a la experiencia cristiana es la aseveración de que los convertidos quedan libres del pecado innato en la conversión! Si esta fuera la verdad, entonces habría pocos o ninguno verdaderamente convertidos desde el principio

del mundo, porque la mayoría de los cristianos no pueden testificar de tal experiencia. O, si han sido muchas las conversiones de esta forma, la mayoría de ellos han retrocedido, porque no tienen actualmente la experiencia, es decir, no han sido librados del pecado innato. Hay varias manifestaciones de esta naturaleza perversa: La avaricia se esconde en algunos e impide el crecimiento en la gracia; otros se encuentran con corazones incrédulos; otros tienen una disposición adusta; la concupiscencia tienta a algunos; el orgullo a otros; el amor del mundo a otros; y la obstinación a otros. De vez en cuando, el cristiano tiene que luchar en contra de estas cosas. Las siente algunas veces más que otras.

Creemos falta de verdad el decir que quedamos libres del pecado innato en la conversión, porque hay muchas almas, sinceras y fervientes, que están sirviendo a Dios lo mejor posible, pero, a la vez, sienten estos deseos carnales en su corazón. El decir así sería afirmar que han vuelto atrás. El señor Wesley, en su sermón "El pecado en los Cristianos", dice: "Y con esta aseveración, que no hay pecado en el convertido, que no hay la mente carnal, es contraria a la Palabra de Dios, así es, también, contraria a la experiencia de sus hijos. Estos continuamente sienten una inclinación hacia el pecado; una tendencia natural hacia la maldad; una propensión de dejar a Dios y adherirse a las cosas mundanas. Diariamente, se dan cuenta, por las manifestaciones del orgullo, la obstinación, y la incredulidad, de que el pecado queda en el corazón. Reconocen que el pecado se pega a to-

do lo que dicen y hacen, aun en sus mejores acciones y deberes más sagrados. No obstante, al mismo tiempo, conocen que "son de Dios", que son salvados; no pueden dudarle ni un momento". Tan evidente es esta verdad, que todas las iglesias, sean la Católica o las evangélicas, la admiten en sus credos.

El Concilio de Trento cuyos cánones son las normas más altas de las doctrinas y enseñanzas por la Iglesia Católica Romana, en su quinta sesión, celebrada el 17 de junio de 1546, publicó esta confesión: "Pero este santo sínodo confiesa y reconoce que en los bautizados queda la concupiscencia, o un incentivo a pecar, la cual, puesto que podemos escoger entre tal incentivo y el bien, no puede injuriar a los que no consienten, mas resisten fuertemente por la gracia de Jesucristo".

La Iglesia Griega (o la división oriental de la Iglesia Católica) en "El Catecismo más Largo", hablando del texto: "Porque los que son de Cristo han crucificado la carne con los efectos y concupiscencias" (Gal. 5:24), dice: "¿Cómo podemos crucificar la carne con sus afectos y concupiscencias? Refrenando los afectos y concupiscencias, y haciendo lo que es contrario a ellos".

La Iglesia Reformada de Alemania, en la Fórmula de Concord, artículo IV, sección 8, dice: "Pero reconocemos que esta libertad del espíritu en los hijos elegidos de Dios no es perfecta, mas es todavía, impedida por muchas flaquezas, como San Pablo lamenta en cuanto a sí mismo en Rom. 7:14-25; Gal. 5:17"; también en el artículo VI, sección 3, dice: "Y los que

creen, según el espíritu de su mente, tienen perpetuamente que luchar con la carne; es decir, con la naturaleza corrompida, la cual queda en nosotros aún hasta la muerte, y, por causa del viejo Adán que permanece en el intelecto y la voluntad del hombre, y se encuentra en todo su ser, hay necesidad de que la ley de Dios siempre brille delante del hombre para que no haga nada en los asuntos religiosos bajo el impulso de una devoción egoísta, y para que no elija maneras de honrar a Dios que no son instituidas por la palabra suya”.

En la “Confesión Helvética” de las Iglesias Suizas encontramos esta declaración: “En segundo lugar, en la persona convertida queda una debilidad. Porque, puesto que el pecado se encuentra en nosotros y la carne lucha contra el espíritu, aún hasta el fin, los convertidos no pueden efectuar fácilmente lo que emprenden. Esto está confirmado por el Apóstol en la Epístola a los Romanos, capítulo 7, y Gálatas 5”.

El Catecismo Heidelberg de la Iglesia Reformada, publicado en 1563, dice: “Pregunta: ¿Qué crees tú en cuanto al perdón de pecados? Respuesta: Que Dios, por amor de Cristo, no recordará mis pecados, ni la naturaleza pecaminosa con la cual tengo que luchar por toda mi vida; mas El benignamente me imparte la justicia de Cristo para que nunca más venga bajo la condenación”.

El Artículo IX de la Iglesia Anglicana dice: “Y esta corrupción de la naturaleza queda aún en los convertidos.

El Artículo XXIV de la Iglesia Irlandesa sigue así: "Esta corrupción de la naturaleza queda aún en los convertidos, por la cual la carne codicia contra el Espíritu, y no puede sujetarse a la ley de Dios".

También el tercer Canon del Sínodo de Dort, dice: "Por causa de estos restos del pecado innato y las tentaciones del pecado y del mundo, los convertidos no podrían conservarse en un estado de gracia, si tuvieran que depender sólo de sus propios esfuerzos".

La Confesión Westminster dice: "Quedan todavía algunos restos de corrupción en todas partes, de los cuales se levanta una lucha continua, la carne codiciando contra el espíritu y el espíritu contra la carne".

Este acuerdo de todos los credos es fruto de la experiencia. Sin embargo, su afirmación de que es necesario luchar contra el pecado innato por toda la vida no prueba nada. Mientras la experiencia de Israel le demostraba que la vida en el desierto era desagradable, a veces, su ignorancia de Canaan no negó la existencia de tal país lleno de abundancia. Estos credos proclaman la lucha del convertido contra el pecado innato, confirmando la verdad de que el pecado innato queda en la persona convertida; pero estos mismos credos no prueban que tiene que ser así hasta la muerte. El señor Wesley, en su sermón "El Pecado en los Convertidos", dice: "El mismo testimonio es dado por todas las otras iglesias; no solamente las iglesias Romana y Griega, pero también por cada iglesia reformada en Europa de cualquiera denomi-

nación”, y añade: “Se ha dicho antes, que la doctrina opuesta — que no hay pecado en los convertidos — es nueva en la iglesia de Cristo; que no se había oído hablar de ella nunca por espacio de mil setecientos años, hasta que el conde Zinzendorf la descubrió. No recuerdo haber visto la más pequeña insinuación de ella, ni por los escritores antiguos ni por los modernos; como no sea, tal vez, entre las extravagancias de los Antimonianos”.

Hemos demostrado que las Escrituras no autorizan a que ninguno crea que el pecado está totalmente destruido en los convertidos, que esto está confirmado en las experiencias de los cristianos y que es el testimonio universal de todas las iglesias según sus credos.

3.—Es contrario a la Razón.

(1) Es irracional, porque contradice al testimonio universal de la cristiandad. La naturaleza humana es la misma en todos los siglos, y la obra del evangelio es también la misma.

(2) El pecado innato nunca fué perdonado y nunca puede ser perdonado, ni en este mundo ni en el mundo venidero. No es una cosa que precise perdón. Se concede el perdón solamente por las cosas que **hacemos**; no por lo que **somos** por naturaleza. El pecado innato no es un acto sino una condición. Ningún médico perdona una enfermedad. Un niño desobedece a su padre, por ejemplo, en el comer y, como resultado, se enferma, tiene una fiebre mortal. El pide al padre el perdón por lo que ha hecho y lo recibe, pero

nadie dirá que esto es todo lo que necesita; precisa, además, sanar de la enfermedad. El necesita tanto el ser sanado como el ser perdonado. El perdón del padre no sana al niño; esta es obra que demanda la presencia de un médico. Cuando se trata del alma del hombre, este hecho es aún más evidente. El hijo contrajo su enfermedad, pero heredamos el pecado innato; no somos responsables por su existencia en nuestras almas. Al no ser responsables por ello, tampoco somos culpables. Somos culpables solamente cuando, a sabiendas, cometemos una transgresión actual.

(3) Un pecador arrepentido desea el perdón del pecado actual tanto que raramente, o nunca, piensa en el pecado innato.

El es culpable de muchas transgresiones actuales, y se apresura a estar libre de la condenación por medio del perdón inmediato. Esto es todo lo que piensa en este momento. Es como el fugitivo, en los tiempos antiguos, huyendo hacia la Ciudad de Refugio. No tiene tiempo de pensar en el estado de su salud; quiere llegar a la ciudad antes de que su enemigo le mate. Así, un hombre inconverso, lleno de convicción, ve solamente sus pecados que le condenan. El pecado innato no le condena. La justicia le destruirá por sus transgresiones actuales y, por tanto, su única oración es por el perdón de sus pecados. Nadie, orando por él, piensa en otra cosa sino en que sus pecados sean perdonados, en que su corazón sea regenerado y tenga el testimonio del Espíritu.

(4) Tan irracional es la idea de que el pecado innato se quita en la conversión, que los que mantie-

nen esta herejía nunca testifican satisfactoriamente el hecho.

Cuando alguno pregunta a los que dicen que Dios ha hecho una obra completa en ellos mediante la conversión, si todas las tendencias y deseos malos han sido quitados de sus corazones, ellos tienen la costumbre de vacilar, titubear y contestar con palabras ambiguas; mientras que si se pregunta a las mismas personas si han sido convertidas, responden que sí, sin ninguna vacilación. En el último caso, tienen el testimonio del Espíritu de que son perdonados. En el primer caso, no tienen el testimonio del Espíritu; Dios no les apoya en su testimonio y, por tanto, no pueden dar una contestación clara y definida. No pisan terreno sólido.

(5) Se puede ver el absurdo de esta idea de que el pecado innato es quitado en la conversión en el hecho de que nadie instruye jamás al pecador arrepen-tido para que pida a Dios que el pecado innato sea quitado de él en su conversión.

Un cristiano no puede adelantar más allá del punto adonde su fe lo lleve. Se le enseña que por la fe en Cristo sus pecados son perdonados. El cree en el testimonio de otros y de la Palabra de Dios. No habría podido creer en el perdón de sus pecados a menos que hubiera recibido alguna enseñanza en este asunto. "La fe es por el oír". Rom. 10:17. Si no hubiera oído que Dios estaba dispuesto a perdonar sus pecados, no habría buscado el perdón. Y la razón por lo cual los pecadores no tienen quitadas todas las raíces del pecado en la conversión es porque nunca han

sentido tal necesidad; nunca han recibido la enseñanza en cuanto a ella; nunca han sido instruidos de que Dios quiere hacer tal obra de gracia en aquel momento: por tanto, no esperan en la limpieza de su corazón; y puesto que la salvación viene solamente por la fe, ellos no reciben lo que no esperan.

Podemos, antes de terminar este capítulo, notar la objeción que se hace, muchas veces, en este punto. Se dice: "Me entregué todo a Dios al convertirme, y El hizo en mi una obra completa de gracia en aquel momento. Cuando Dios hace una obra de gracia, siempre la hace perfecta. No hace nunca las cosas a medias". Esta objeción parece racional, pero es injusta. Se dá por sentado que algunas personas culpan a Dios por haber efectuado una obra incompleta, lo cual no es el caso. Dios efectúa una obra perfecta en la conversión. El perfectamente convierte al alma y no podemos encontrar ninguna Escritura donde Dios prometa hacer más que esto en la conversión. Pero la perfecta conversión no es la perfecta limpieza. El hombre tiene que ser convertido antes de que pueda ver la espiritualidad de la ley de Dios, la cual no puede ser vista por él mientras que esté en sus pecados. Porque es "muerto en transgresiones y pecados". Necesita nuevas facultades para ver la espiritualidad de las leyes divinas.

El se convierte para poder llegar a ver la repugnante corrupción del pecado innato. A los que dicen que Dios siempre hace una obra completa la primera vez que toca al hombre, les referiríamos el caso del ciego el cual, al primer toque de Cristo, vió a los hom-

bres caminando como si fueran árboles; al segundo toque, les vió claramente. Cristo, en este caso, no hizo la obra de curación en la primera vez, sin embargo obró perfectamente. El toca al alma en la conversión para prepararla para algo más. La Biblia nos enseña que El no crió todas las cosas en un día. Pero, la obra de cada día fué perfecta y una preparación para el día siguiente. ¿No sería mejor el consultar las Escrituras, la experiencia y la razón, que inventar teorías que no se pueden sostener?

(6) Los que afirman que no existe el pecado innato en los convertidos no pueden ser consistentes en su afirmación.

Lo ilustramos hablando de una denominación: Antes, cuando los convertidos venían a los pastores lamentándose de la existencia del pecado innato en sus corazones, ellos les dijeron: "Tienen que soportar la lucha de esta carnalidad por toda la vida". Después, cuando estos mismos pastores oyeron predicar que había un camino de escape; una liberación, en esta vida, del viejo hombre, dieron vuelta a sus doctrinas y dijeron: "Fueron librados de todo esto en la conversión". Prefirieron negar la existencia de la enfermedad antes de tomar el remedio.



CAPÍTULO IV

EL PECADO INNATO TIENE QUE SER QUITADO ANTES DE QUE PODAMOS ENTRAR EN EL CIELO

No es necesario que digamos mucho en cuanto a esto. Estamos escribiendo a los que no aceptan el "cielo sensual" de los mahometanos ni el "cielo obsceno" de los paganos, sino que creen en el cielo de la Biblia; el hogar de lo puro y santo. Escribimos a los que creen en un Dios santo, el cual invita al hombre a hacerse su hijo para que pueda morar con El para siempre: Por tanto:

I. — De la misma naturaleza del asunto, se deduce que el pecado innato tiene que ser destruído para que podamos vivir con Dios.

El suponer que fuera posible morar por un solo momento en su presencia, con sus ejércitos angélicos y con los espíritus de los hombres justos hechos perfectos, teniendo algún pecado en nosotros, es una idea demasiado incongruente para ser mencionada. Estos ejércitos angélicos claman: "Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos". Pero, ¿cómo pueden dos andar juntos si no estuvieren de concierto? Ninguna alma puede vivir en perfecto acuerdo con un Dios santo mientras que haya en ella un solo pecado; por-

que Dios no puede mirar el pecado con el más pequeño grado de tolerancia o concesión. Nunca puede tener gusto en él y, si le permitiera entrar en el cielo, de cualquiera forma, destruiría la verdadera idea del Cielo, la cual es la habitación de lo puro y lo santo. Sería la no existencia de la aversión divina hacia el pecado.

2. — Las enseñanzas de la Biblia nos muestran que el pecado innato tiene que ser destruído para que podamos vivir con Dios.

En el Apocalipsis, nos dice de la Ciudad Celestial: "No entrará jamás en ella ninguna cosa inmunda, ni quien haga abominación, o diga mentira". Apoc. 21:27. Pablo dice: "Seguid la paz con todos y la santidad sin la cual nadie verá al Señor" (Heb. 12:14). David dice: "¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en el lugar de su santidad. El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a la vanidad, ni jurado con engaño". (Sal. 24:3-4). Por la naturaleza del caso y por las claras enseñanzas de la Biblia, sabemos que el pecado innato tiene que ser quitado del corazón antes de que podamos entrar en el Cielo.

CAPÍTULO V

EL PECADO DESTRUIDO. ¿CUANDO? ¿DONDE?

Antes de que entremos en el Cielo. Todos los cristianos inteligentes admiten esto. ¿Cuánto tiempo antes?

1. — No en ningún purgatorio futuro.

La Iglesia Católica Romana ha fabricado el dogma del purgatorio como la única manera de salir de un apuro. Rehusa creer que los pecados veniales y el resto de los mortales incluso el pecado innato puedan ser quitados en este mundo y, por tanto, ha inventado los fuegos de purificación para prepararnos para el Cielo.

Nosotros, los cristianos evangélicos, negamos la idea del purgatorio porque es contraria a las enseñanzas de la Biblia y menoscaba la doctrina de la expiación de Cristo. Creemos que la Biblia enseña que “las almas, en la muerte, van de inmediato a un estado fijo de felicidad o miseria”. Bienaventurados los muertos que de aquí adelante mueren en el Señor”. Apoc. 14:13; “El que es injusto, sea injusto todavía: y el que es justo, sea todavía justificado”. Apoc. 22:11. Así que, encontramos, según la Palabra de Dios, que el pecado innato tiene que ser quitado antes de que podamos entrar en el Cielo.

2. — El pecado innato no queda destruido por la muerte.

No creemos en el purgatorio: por tanto, tenemos que creer en una de dos cosas: O que el pecado innato es quitado en la muerte o antes de la muerte. Pensemos en el primer caso: ¿Es el pecado innato quitado en la muerte? Ciertamente, nadie puede decir que sí a menos que tenga una razón para decirlo fundada sobre las enseñanzas de la Biblia o la experiencia. Lo que nosotros pensemos en este asunto no vale nada. Una cosa es cierta: no se puede suponer que sea quitado por la muerte a menos que haya algo intrínsecamente poderoso en la muerte. No hay nada en la muerte que sea antagónico al pecado. En verdad, la muerte es el resultado del pecado. El efecto no puede destruir la causa. La muerte es la ausencia de la vida. El decir que la muerte destruye al pecado es ser como el pagano que creyó que el pecado estaba en la carne y no en el alma. Esta idea es absurda y destruiría toda la responsabilidad humana. La separación del alma y cuerpo (lo cual es todo lo que sucede en la muerte), no puede purificar el alma; no hay ninguna relación entre la muerte y la destrucción del pecado. La muerte vino como resultado del pecado; pero la destrucción del pecado no viene mediante la muerte.

En las Escrituras encontramos que la muerte es nuestro enemigo; pero, si la muerte destruyera el pecado, sería uno de nuestros mejores amigos. Pero la Biblia dice que "el último enemigo para ser vencido es la muerte". Por esto, vemos que todos nuestros

otros enemigos serán destruídos antes de la mañana de la resurrección. Por tanto, el pecado será destruído antes de aquel tiempo. Si fuera verdad que el pecado innato quedara destruído en la hora de la muerte, aun en ese caso, no sería la muerte quien lo quitara. Se precisa el poder de Dios para hacerlo; y si Dios puede hacerlo en aquel momento, también puede hacerlo antes de aquel tiempo. ¿Precisa Cristo la ayuda de la muerte en la destrucción del pecado? ¿Puede El librarnos del pecado solamente cuando hayamos llegado al lugar donde el mundo y el pecado no puede tentarnos más? ¿Qué nociones tan absurdas son estas! Algunos médicos pueden exterminar una enfermedad sólo matando al enfermo; pero el Médico Divino puede matar la enfermedad del pecado y permitir al enfermo que viva en este mundo con mejor salud que nunca. Y si El no puede hacerlo directamente con un golpe de su mano poderosa, entonces no hay nadie que pueda hacerlo porque:

3. — Ningún poder humano puede quitar el pecado innato del corazón.

Todos los proyectos que prometen quitar el pecado innato mediante la cultura fracasan. Algunos dicen que mediante la educación, la cultura y la instrucción, el hombre puede ver lo terrible del pecado y huir de él. Pero entre los que defienden esta teoría, no hay ninguno que afirme haber sucedido tal cosa con él. El más sabio y educado se enoja tan fácilmente como el ignorante. El más cortés se aira en su corazón de la misma manera que cualquier otro, aunque, tal vez, lo reprime más. El educar y pulir un corazón

perverso no quitará el orgullo; al contrario, lo hinchará más. Si se adorna un corazón negro, queda simplemente un corazón negro adornado. Es en vano decir: "De aquí en adelante no voy a portarme mal; no voy a tener más avaricia. El pecado se encuentra en el corazón, no obstante los esfuerzos personales para quitarlo. Cuántas veces ha dicho el hombre: "No debo de sentir de esta manera; voy a tratar de vencer estos sentimientos malos". Pero, aunque los reprima, todavía quedan las raíces en el corazón. El impedir la explosión de la dinamita no quiere decir que no exista. Se precisa otra cosa para destruir el pecado. Todas las teorías de la cultura o del naturalismo, desvirtúan el poder de Cristo como el único que puede destruir el pecado y le calumnian al afirmar que su misión en la tierra fué un fracaso.

4. — Un poder omnipotente es el único remedio que puede destruir el pecado innato.

Dios crió al corazón del hombre puro; el enemigo ha perjudicado su obra, y sólo Dios puede restaurarlo y guardarlo así. Sólo El que crió el corazón "en justicia y santidad verdadera" puede restaurarlo. Las Escrituras son muy claras en este punto; tan claras, que aún los incrédulos admiten ser la enseñanza de la Biblia. El profeta Zacarías dice de esta dispensación: "En aquel tiempo habrá manantial abierto para la casa de David (a los convertidos a la iglesia) para el pecado y la inmundicia" (adentro y fuera del hombre). Zac. 13:1. David dice: "Y El redimirá a Israel de todos sus pecados"; quiere decir, tanto del pecado innato como de los pecados cometidos. Sal. 130:8.

En Salmos 103:3-4 encontramos: "Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. El es quien perdona todas tus iniquidades, El que sana todas tus dolencias". Aquí se habla del pecado cometido y del pecado innato. Dice en Isa. 40:2, "Hablad al corazón de Jerusalén (quiere decir: de los verdaderos cristianos; nada confortaría más el corazón de los cristianos hoy día que el saber que el pecado innato puede ser destruído): Decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que **doble** ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados". El pecado es doble —interno y externo, actual y original — por tanto, precisamos recibir "doble", y este libro es escrito para persuadir a otros que acepten esta "doble cura". En el Antiguo Testamento, cuando un hombre era sanado de la lepra, el sacerdote tomaba la sangre del animal (ofrecida como víctima por el pecado) y la ponía sobre la ternilla de la oreja derecha y sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho; esto representaba la sangre de Cristo derramada por la salvación del pecador. Después, "la segunda vez", el sacerdote tomaba aceite y lo ponía sobre las manchas de sangre en la oreja y en los pulgares. El aceite era puesto sobre la sangre. Se usaba el aceite en los tiempos antiguos para sanar las enfermedades, y el aceite es tipo del Espíritu Santo; así fué simbolizada la entera limpieza del pecador, después de su perdón por el Espíritu. En Mat. 1:21, leemos: "Y llamarás su nombre Jesús, porque El salvará a su pueblo de sus pecados."

Juan habla de dos bautismos; el uno de agua

para la remisión de pecados, el otro "con el Espíritu Santo y fuego". El explica en el versículo siguiente que éste último es para la purificación. El fuego purifica, quita la escoria. Jesús dice: "Yo soy la vid, vosotros los pámpanos", es decir: nos hacemos pámpanos por la conversión. Después, dice: "Todo aquel que lleva fruto, le limpiará, para que lleve más fruto". Juan 15:2. Aquí se ve que primeramente somos hechos cristianos (pámpanos), y después, limpiados para que podamos llevar más fruto. Nos dice en otro lugar: "Si confesamos nuestros pecados El es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad". 1 Juan 1:9. Si despreciamos la última parte de la promesa, tenemos que hacer lo mismo con la primera; si decimos que es cosa imaginaria, tendremos que decir que lo es la promesa del perdón; si decimos que no puede ser el tener corazones limpios, tenemos que negar, también, el perdón; si decimos que nos limpiamos gradualmente, tenemos que insistir en un perdón gradual, también; si decimos que nunca podemos estar seguros de la última experiencia, tampoco podemos estar seguros de la primera experiencia del perdón; si decimos que nunca podemos ser limpiados de toda perversidad en esta vida, invalidamos la primera parte del versículo, el cual nos dice que podemos ser perdonados. Este pasaje es muy difícil a los que limitan el poder de Dios. Tengamos cuidado cómo adaptamos las Escrituras a nuestras opiniones. Génesis 15 nos dice cómo Abraham fué justificado por la fé. Dos capítulos más adelante, Dios le dijo: "Anda delante de mí y sé per-

fecto". Gen. 17:1. Abraham se propuso obedecer y, de inmediato, vemos un cambio en su vida; todos los obstáculos que le impedían servir a Dios con un corazón perfecto fueron quitados. Fué cambiado su nombre. En el Antiguo Testamento el nombre siempre representó el carácter de la persona.

Jacob se convirtió en Bethel; allí, él y Jehová hicieron un pacto. Pero, el pecado innato quedó en su corazón; se manifestó en la forma de codicia. En Peniel, empezó a orar para que Dios le librara de Esaú pero, como pasa con muchas personas hoy día, mientras que estaba orando, Dios le demostró la condición perversa de su propio corazón; se olvidó de Esaú y oró por sí mismo: "No te dejaré, si no me bendices". Gen. 32:26. Fué bendecido y su nombre cambiado por Dios. Refiriéndose a esta experiencia más tarde, él dijo que Dios le había libertado de todo mal. (Gen. 48:16).

El serafín tocó los labios del profeta Isaías con un carbón del altar y le dijo: "Es quitada tu culpa y limpiado tu pecado". Isa. 6:7.

El pecado innato se manifestó en la vida de David en la forma de adulterio. El pecó gravemente. Después de ser perdonado pidió por la limpieza de su corazón. Clamó: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre". Sal. 51:5: "Purifícame con hisopo y seré limpio: lávame y seré emblanquecido más que la nieve". Sal: 51:7; "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un Espíritu recto dentro de mí". Sal. 51:10. David no pidió

una imposibilidad. Recibió contestación en la limpieza de su corazón.

El bautismo del Espíritu Santo en el día de Pentecostés destruyó los celos, las envidias y la vacilación de los discípulos. Antes de este momento, sus nombres habían sido registrados en el cielo. Luc. 10:20; ellos habían echado a los demonios fuera de los enfermos y predicado el Evangelio por comisión divina; Cristo ya había dicho que no eran del mundo. Juan 17:16. No obstante todo esto, el pecado innato todavía existía en sus corazones. Pedro nos dice, en Hechos 15:9, lo que aconteció con ellos en el día de Pentecostés: que sus corazones fueron purificados por la fe. Durante el grande avivamiento en Samaria muchas almas se convirtieron y fueron bautizadas Hech. 8. Los discípulos vinieron de Jerusalén y predicaban la santidad. Como resultado, los corazones fueron purificados por el Espíritu Santo, mediante la fe.

Cornelio fué un varón "pío y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre". Hech. 10:2; un hombre del cual Pedro dijo: "Por verdad hallo que Dios no hace acepción de personas; sino que de cualquiera nación que le teme y obra justicia, se agrada". Hech. 10:34-35. Hoy día Cornelio sería invitado a unirse con cualquiera de nuestras iglesias y sería considerado como una columna en la iglesia. ¡Ojalá que toda la iglesia hoy día tuviera la experiencia que tuvo Cornelio antes de venir Pedro a su casa! Pero, todavía, le faltaba el bautismo del Espíritu Santo. Con la predicación de Pedro lo recibió; los restos del pecado

fueron quitados de su corazón. Hech. 15:9 nos dice que recibió la misma experiencia que recibieron los discípulos en el día de Pentecostés.

La iglesia de Corinto estaba integrada por personas convertidas, pero carnales. (1 Cor. 3:1). En ellas el pecado innato se manifestó en la forma de envidia y celos. Estas cosas tenían que ser quitadas. Pablo les había predicado y se habían convertido. Ahora, él escribe: "Y con esta confianza quise primero ir a vosotros, para que tuviéseis una segunda gracia. En II Cor. 7:1 les incita a que se limpien de toda inmundicia de carne y de espíritu".

En Hebreos 12:1-2, Pablo, hablando a algunos hermanos (convertidos), dice: "Descargándonos de todo peso, y del pecado que estrechamente nos cerca". Se habla aquí de un corredor de carrera, el cual arroja de sí la ropa que le impide. El pecado innato es semejante a aquella ropa: tiene que ser quitado.

En 1 Tes. 1:1 Pablo dice de la iglesia en Tesalónica que "es en Dios Padre y en el Señor Jesucristo"; quiere decir, que los miembros de aquella iglesia eran convertidos; no habían vuelto atrás. No obstante, faltaba algo a su fe, porque les dice en el capítulo 3:10: "Orando de noche y de día con grande instancia, que veamos nuestro rostro, y que cumplamos lo que falta a vuestra fe". Fueron perturbados mucho por las dudas; el pecado innato produjo una debilidad de fé: precisaban ser libertados por el Espíritu. Pablo oraba para que esta iglesia —la mejor que se había organizado— fuera santificada por completo. 1. Tes. 5:23; es decir, limpiada del pecado innato y llena del

Espíritu Santo. (Esto es lo que quiere decir: la entera santificación).

Así que, se ve por estos pasajes de las Escrituras que hay una segunda obra de gracia, definida y explícita, que viene después de la conversión.

El no libertarnos de nuestro pecado innato menosprecia o el poder o la bondad del Señor.

No somos de los que se atreven a "limitar al Santo de Israel". Los que quieran, pueden llevar la responsabilidad de negar que el poder que crió a un universo y lo sostiene no pueda guardar limpio el corazón del hombre. Alguno dirá: "Creo que Dios puede, pero no quiere". Esto sería menospreciar su carácter. Si puede limpiarnos del pecado que aborrecemos y que El aborrece más que nosotros, y todavía decimos que no quiere hacerlo, desprestigiamos su carácter tan misericordioso y santo; es lo mismo que decir que le agrada tenernos contaminados por el pecado; es lo mismo que afirmar serle agradable el que sus hijos permanezcan en pecado. Pero, esto es contrario a las Escrituras, donde se nos dice que se nos han dado "promesas grandes y preciosas" para que podamos disfrutar de la naturaleza Divina, "habiéndonos escapado de la corrupción que está en el mundo mediante la concupiscencia". No; no le agrada a Dios que sus hijos tengan ninguna de las obras del diablo en su corazón. Al contrario, el plan de la salvación le agrada mucho. Pero, ningún plan que no liberte al hombre de sus pecados puede agradar a Dios; porque el aprobar tal plan sería tener placer en el pecado, lo

que es imposible y absurdo. Hemos citado algunos pasajes de la Biblia probando que hay dos obras de gracia. No tenemos tiempo para citar otros muchos pasajes que tratan de la entera destrucción del pecado en esta vida; su número es legión. Se pueden encontrar en toda la Biblia. Basta decir esto: Jesús es el Médico perfecto cuyo remedio sana todas las enfermedades del alma en la misma hora de la enfermedad; es decir, que no precisa esperar hasta la hora de la muerte o después para sanar al enfermo de su pecado.

3.—Dios destruye el pecado innato instantáneamente.

Ya hemos probado que la Biblia y la experiencia demuestran que el pecado innato no queda destruído en la conversión; que no podemos entrar en el cielo con tal condición perversa del corazón; y que el pecado innato tiene que ser destruído mientras que estamos en esta vida. Hasta aquí, muchos están de acuerdo, pero dicen que Dios lo quita gradualmente, poco a poco. Hay dos cosas en contra de esta teoría:

A) Las Escrituras no la enseñan.

B) No hay nadie que testifique haber recibido la experiencia de la santidad de esta manera.

Los que han creído y han enseñado de esta manera, han encontrado que, después de haber luchado varios años contra esta naturaleza tan perversa, queda todavía con tanta fuerza y poder como antes. Jamás hemos oído hablar o leído de nadie quien testifique que, después de tantos años de esperar y orar y creer, Cristo ha limpiado, poco a poco, su corazón

de todo pecado innato. Pero hemos escuchado el testimonio de millares de personas las cuales afirman que Dios las santificó instantáneamente. Y ¿por qué no? ¿No tiene Dios el poder de quitar el pecado innato e infundir el Espíritu Santo en el corazón instantáneamente? ¿Quién dirá que El no quiere hacerlo? Recibimos esta experiencia por la fe; las dos obras de gracia son recibidas por la fe; la fe que salva es instantánea; por tanto, la salvación que viene como resultado de la fe es instantánea. La salvación nunca viene de otra manera. Es imposible, cuando se trata de la obra de la salvación, creer gradualmente de tal manera que dudemos menos hoy que ayer.

Por ejemplo: decimos del señor N: "Tengo algunas dudas en cuanto a su integridad". En otras palabras, no creemos en él completamente. Y nunca se puede decir que creemos en él hasta que hayamos arrojado de nuestras mentes todas las dudas tocante a él. No se puede decir que confiamos en Dios para la salvación hasta que hayamos dado de lado toda nuestra incredulidad.

Mientras que haya una sola duda, no creemos de veras; somos salvados por una fe sencilla —sin mezcla: "Todo lo que no es de fe, es pecado". Rom. 14:23. El señor Wesley, hablando de la fe instantánea, dice: "¿Para qué se precisa el tiempo? O para hacer algo o para sufrir algo; puesto que la salvación no requiere ni el hacer ni el sufrir, sino el creer, un momento sirve tanto como un siglo".

Las Escrituras enseñan que somos purificados

de todo pecado por la fe: "Purificando sus corazones por la fe". Hech. 15:9; "Santificados mediante la fe". Hech. 26:18. El señor Wesley dice: "Si usted busca la salvación por la fe, puede creer que la recibirá en la misma condición en que se encuentra; y si la espera así, puede creer en ella ahora mismo. Es de mucha importancia notar la conexión inseparable entre estos tres puntos: esperarla por la fe; esperarla en la condición en que se encuentra; y esperarla ahora mismo". Si Dios puede destruir al pecado innato en la muerte, puede hacerlo una hora antes; y si puede hacerlo una hora antes, también puede un año antes o en cualquier tiempo de la vida.

6.—El crecimiento en la gracia nunca puede destruir el pecado innato.

Cuando se habla de la fe instantánea que trae la santificación al alma, algunos dicen: "Nosotros creemos en el crecimiento en la gracia"; como si Dios destruyera el pecado innato de esta manera. El crecimiento en la gracia está bien en su lugar pero no puede destruir el pecado. La manzana picada creciendo en la rama nunca puede dejar de ser picada por mucho que se desarrolle; crecerá hasta la cosecha si es bastante sana; si no, la manzana se echará a perder. Una persona enferma de cáncer precisa algo más que el desarrollo; necesita quitar de su cuerpo el veneno de la enfermedad. Muchos no entienden lo que quiere decir: el crecimiento en la gracia; no podrían dar una definición Escritural de ella. Parece que algunos piensan que es una fuerza (influencia)

obrando en el corazón del hombre fuera del poder divino y humano; otros piensan que es la fidelidad o sus actividades por las cuales gradualmente se va destruyendo el pecado innato, como la gota de agua horada la roca. La gracia quiere decir: favor. Donde quiera que se encuentre en las Escrituras la palabra "gracia", el sentido queda lo mismo si reemplazamos la palabra "favor" — el favor que Dios confiere en nosotros. "Jesús crecía en favor para con Dios". Luc. 2:52; la misma palabra griega "karis" es traducida "favor" en este pasaje, mientras que en otros pasajes es traducida "gracia". Cristo crecía en gracia (favor) para con Dios, pero esto no tenía nada que ver con crecer fuera de sí el pecado innato, porque no lo tenía. Nosotros debemos de crecer en favor y en sabiduría para con Dios, pero esto no se refiere al crecer fuera de nosotros el pecado innato. Algunos dirán que Cristo no tenía ningún pecado innato y, por tanto, es sacrilegio comparar nuestras experiencias con las de El. Según las Escrituras tenemos que crecer en favor para con Dios como hizo El, pero lo hacemos después de ser librados del pecado innato. Crecemos muy poco antes de tal experiencia. Las Escrituras afirman parecidas cosas en cuanto a la experiencia de Cristo y a la del cristiano. Cristo fué engendrado por el Espíritu, el cristiano es regenerado por el mismo Espíritu; Cristo fué ungido por el Espíritu, el cristiano es bautizado por el Espíritu; Cristo resucitó a la vida física, el cristiano resucitó por el Espíritu a la vida espiritual: "Si habéis pues resucitado con

Cristo, buscad las cosas de arriba". Col. 3:1. En otro lugar, nos dice: "Tened dentro de vosotros este ánimo que estaba también en Cristo". Fil. 2:5. Así que, no es decir demasiado al afirmar que crecemos en gracia a la misma manera que Cristo creció. Era el crecimiento de la naturaleza humana del Señor. Adam Clarke, comentando este pasaje, dijo: "De esto aprendemos que si un hombre fuera tan puro y perfecto como Jesús, todavía podría crecer en la imagen de Dios y, por tanto, en el favor para con Dios". Así que, según las Escrituras, el crecimiento en la gracia no quiere decir el ser menos pecador cada día. No era así con Cristo. Ningún hombre puede estar en favor para con Dios que no cree en su Palabra, porque "sin fe es imposible agradar a Dios". Por tanto, no podemos retener el favor o la gracia para con Dios si, después de leer tales promesas como ésta: "purificando por la fe sus corazones", rehusamos creer que podamos ser purificados por la fe, y esperamos recibir la experiencia por el crecimiento en la gracia. El crecimiento es un desarrollo de las santas virtudes en el alma, no un conflicto entre las tendencias santas y perversas del corazón. Lo último sería una conquista y no un crecimiento. Si esperamos crecer en el favor para con Dios, no debemos limitar su poder negando sus grandes promesas. No hay ni un perdón gradual ni una limpieza gradual mencionada en la Palabra de Dios. Pablo dijo: "Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo". Rom. 5:1. En este pasaje, Dios nos de-

muestra la gracia, el favor de la justificación, el cual recibimos por la fe. Si andamos fielmente en la luz de esta gracia, el Señor nos hará ver otra gracia que viene después de la justificación. Por el cual también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios". Rom. 5:2. Aquí, encontramos que el favor para con Dios es revelado como un estado en el cual podemos estar firmes; siendo quitado el pecado innato, el impedimento de nuestro establecimiento en la gracia. Se habla aquí de la gracia de un corazón limpio en la cual podemos estar firmes y regocijarnos. Según este pasaje, se recibe esta gracia por la fe. Así que, la manera mejor de crecer en la gracia es primeramente recibir las dos obras de gracia por la fe y, después, seguir confiando en Dios: de este modo podemos crecer más y más en favor para con Dios. Es como un hijo que ama y confía y obedece a su padre: él crece en el favor y en la gracia para con el padre. **El momento en que dejamos de confiar en Dios, dejamos de crecer en la gracia.** Siendo ésta la verdad, el crecer en la gracia quiere decir confiar en Dios para recibir una experiencia más profunda y rica; confiamos a la medida en que comprendemos el privilegio de poder tener esta experiencia, la cual recibimos por la fe. ¿Por qué no hay más personas creciendo constantemente en el favor divino? Porque el pecado innato les inclina tanto a dudar de Dios que muchas veces le desobedecen. Creen en El por un tiempo, después dudan y pierden el favor para con Dios; pocos días más tarde, piden el perdón, lo reci-

ben y, otra vez, se encuentran en favor para con Dios. Así que, pierden muchas bendiciones de Dios porque siempre están pisando el mismo terreno pecando y convirtiéndose. Pero el hombre que cree constantemente, habiendo recibido un corazón limpio, crece más y más en el favor para con Dios. La Biblia no nos dice: según vuestro desarrollo o crecimiento sea hecho a vosotros, sino: "Según vuestra fe sea hecho a vosotros".

CAPÍTULO VI

LA DESTRUCCION ACTUAL DEL PECADO INNATO ES UNA GRAN VENTAJA.

1.—Dios desea un pueblo santo en la tierra.

Tal vez el lector pensador quisiera preguntar: “¿Qué ha sido de los que se han muerto y han triunfado en la fe de Cristo, sin haber oído que podían ser libertados del pecado innato?” Respondemos que todas las almas sinceras, andando en toda la luz que tienen, obedeciendo a Dios en todo, se salvarán. Si la persona es un pagano en el Africa, andando en toda la luz que tiene, será salvado; si es un cristiano y no rechaza ningún rayo de luz, será salvado. Ningún hombre es responsable más allá de la luz que puede obtener; pero como todos tienen algo de luz, por eso, todos son responsables de lo que según esa luz deben de hacer. “Aquel era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo”. Juan 1:9. Los que han sido fieles a la luz que han recibido, serán salvos. Si no han oído hablar de su privilegio de ser limpiados del pecado innato, no lo han rechazado. Si hubieran comprendido su privilegio, considerándolo como un deber y, después, hubieran rehusado andar en la luz y recibir la experiencia por la fe, serían culpables y habrían perdido su comunión con Dios y su

experiencia de regeneración. Creemos que las experiencias gloriosas de algunos cristianos en la hora de la muerte, los cuales nunca habían oído hablar del privilegio de poseer corazones limpios; son experiencias de una verdadera santidad, para "hacerles idóneos para la participación de la herencia de los santos en la luz". Col. 1:12. Dios purifica sus corazones en la hora de la muerte. **Pero Dios quiere a su pueblo santo igual en esta tierra que en el cielo.** El quiere que sus hijos le glorifiquen aquí. "Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres; de modo que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Mat. 5:16. No podemos glorificarle a menos que seamos santos. El dice: "Sed santos": este mandamiento tiene tanto valor en este mundo como el mandamiento: "No hurtarás", o el otro mandamiento de arrepentíos.

2.—La experiencia de la santidad en el corazón hace más fácil la vida cristiana.

Algunas personas sinceras han preguntado: "¿Por qué preciso esta experiencia? Yo no cometo ningún pecado voluntario". Gracias a Dios por esto. ¡Ojalá que toda la iglesia tuviera tal experiencia! Pero, aunque no seamos desobedientes a Dios a sabiendas, no obstante, encontramos difícil, a veces, guardar todos los mandamientos. Por ejemplo, encontramos difícil amar a nuestros enemigos, por causa de las tendencias perversas en nuestras almas. Si no tuviéramos tales tendencias sería más fácil hacer la voluntad de Dios y no nos encontraríamos en tanto peligro

de volver atrás y negar a Cristo; si el viejo hombre fuera expulsado de nuestros corazones, tendríamos más tiempo para hacer guerra activa contra el diablo. Estamos llamados a una lucha más noble que la de estar siempre defendiéndonos y combatiendo enemigos internos. Pablo nos dice que "las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas". 2 Corin. 10:4. Una razón por la cual la iglesia de hoy se encuentra tan impotente es porque los cristianos pasan tanto tiempo en la lucha contra el pecado innato en sus corazones. Es difícil hacer guerra interna y externa al mismo tiempo. Cristo dice: "Mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Mat. 11:30. No obstante, muchos, por causa del pecado innato, encuentran muy difícil de guardar los mandamientos. Que la moralidad, la cultura y las reformas repriman las pasiones del hombre cuanto quieran; pero que los cristianos verdaderos, por la gracia de Dios, sean en sus corazones lo que aparecen en vidas externas. Seamos interiormente santos; y de esta manera seremos grandemente ayudados a portarnos como hombres santos en el exterior.

3.—La destrucción del pecado innato es una gran ayuda al crecimiento en la gracia.

Quita del corazón las cosas que impiden el crecimiento. Un campo de maíz puede crecer, teniendo yuyos, pero crecerá mejor sin ellos. El pecado innato es el yuyo del corazón: engendra duda, la cual produce la vacilación; engendra pensamientos orgullosos en vez de humildad, y, como resultado, hay una lucha interna; así que este yuyo va ganando terreno

en el corazón. Una vez que estamos salvados debemos de recibir la experiencia de la santidad por la cual el Espíritu Santo quita este yuyo, estas raíces del pecado de nuestros corazones.

4.—La destrucción del pecado innato es prueba del poder de Dios para salvar a un alma del infierno.

El infierno es el resultado del pecado. Si el médico no pudiera sanarnos de una enfermedad, no tendríamos confianza que podría salvarnos de los resultados de tal enfermedad. Si un médico dijera a una persona enferma de cólera, en España: "Puedo sanarle, pero primeramente tengo que llevarle a América donde las personas no tienen tal enfermedad"; bien podría el enfermo vacilar y decir: "Si no puede sanarme aquí donde estoy, tengo miedo de ir allí, no sea que muera en el viaje o que después de llegar, usted no pueda sanarme". Si Cristo no puede salvarnos del pecado, ¿cómo podemos estar seguros de que puede salvarnos del infierno? En tal caso, bien podríamos tener miedo; pero cuando El nos salva ahora mismo del pecado, tenemos la seguridad de que, también, puede salvarnos del infierno, y quedamos libres de la incertidumbre en cuanto a la vida futura.

Es tiempo de que presentemos a Cristo en un grado más alto que el del abogado quien puede librar-nos de las consecuencias del pecado. El es un médico perfecto. No obstante, muchos miran la propiciación de Cristo, solamente como un escape del infierno y piensan que, mientras tanto que estén en esta vida, pueden seguir en sus pecados. Cristo murió para destruir las obras del diablo; y el pecado es la principal

de ellas. Algunos han preguntado: "Si el pecado innato es destruido, ¿cómo puede aparecer otra vez? ¿No significaría que fué solamente reprimido?" De ningún modo. Ningún estado de gracia es invulnerable si no estamos dispuestos a obedecer a Dios. Creemos que Adán fué criado puro y libre del pecado innato. ¿Cómo entró en él tal estado de pecado? Ciertamente no estaba allí en el principio. Así que, es posible que las tendencias perversas broten en un corazón donde antes no existían.



CONCLUSION

COMO OBTENER ESTA EXPERIENCIA DE LA SANTIDAD

En este libro hemos tratado de evitar el uso de términos técnicos y teológicos. Hemos tratado de la experiencia de la santidad por el lado negativo: la destrucción del pecado innato. Cuando Dios ha efectuado ésta con un golpe de su poder divino y el corazón ha sido limpiado y purificado, entonces El lo llena con su Espíritu Santo. Este último es el lado positivo de la entera santificación. Esta es la experiencia de la cual Pablo habló cuando dijo: "Sed llenos del Espíritu". La única razón por la cual Dios no llena a todos los cristianos con el Espíritu es porque el pecado innato no ha sido quitado. Así que, la entera santificación es el Espíritu Santo morando en un corazón limpio. ¿De qué manera hace Dios esta obra de gracia en el corazón? Se recibe esta experiencia de la santidad por medio de un paso de fe.

Primeramente, tenemos que estar en condición de creer. Por ejemplo: Cuando se vende una propiedad, sería absurdo si dijéramos que tal propiedad pertenece a nosotros hasta el momento en que la compramos y pagamos el precio por ella. De la misma

manera, es absurdo decir que creemos en Dios para obtener un corazón limpio hasta que estemos dispuestos a hacer su voluntad en todas las cosas: "Seamos o no seamos, hagamos o no hagamos, tengamos o no tengamos, suframos o no suframos"; decir en todo tiempo: "Sea hecha tu voluntad, no importa las circunstancias o personas que nos rodeen". Cuando lleguemos a este punto, donde nuestra voluntad está enteramente rendida a la voluntad de Dios, entonces el paso de fe será tan fácil y sencillo como el respirar; entonces, podemos confiar fácilmente en Dios para obtener un corazón enteramente santificado. "Fiel es el que os ha llamado quien también lo hará". 1 Tes. 5:24.

Así que:

1.—Determine usted una vez por todas, el ser fiel a Dios, con su ayuda, en todos los momentos y en todos los lugares, andando en toda la luz que le conceda, sin ninguna reserva mental. Esta es la consagración; esto es poner todo en las manos de Dios.

2.—Crea que El le recibe y le santifica, no por causa de ningún gozo o emoción que sienta, sino porque El ha prometido santificarle cuando le busque de todo corazón. Los resultados serán los siguientes: Si usted es sincero y realmente ha dejado todo en las manos de Dios, puede tener confianza en que ha hecho su parte y, también, confiar en la fidelidad de Dios el cual guardará la parte del compromiso que le corresponde; creerá y confiará que El le ha santificado, aunque nunca le conceda una bendición emocio-

nal mientras que viva. Debe de estar dispuesto a andar en fe completamente desnuda. Y, cuando Dios ve que se ha formado en usted una condición habitual de fe (que no depende de una gran manifestación de su presencia, sino de su promesa), entonces, El vendrá a su corazón. Por lo general, El revela su presencia mediante una paz profunda. Tal paz es la condición normal de un corazón santificado. Pero, si espera recibir la experiencia de la misma manera o con las mismas manifestaciones que la recibió otra persona, y pide a Dios que le dé esta cierta clase de emoción, es señal de que no ha dejado todo en sus manos. Usted quiere que Dios le santifique según su manera de pensar y no según su voluntad. Confíe en que El lo hace y, después, Dios le dará el testimonio de que lo ha hecho. Consolídese en el hábito de creer y Dios se manifestará en usted; vendrá para limpiar su corazón del pecado innato y llenarlo de su Espíritu Santo.

Este libro se terminó de imprimir en
los talleres de la Imprenta Metodista,
Fragata Sarmiento 1685, Buenos Aires,
el 10 de Enero de 1940.